

[131]

EL ARRESTO, EL JUICIO Y LA CONDENA DE JESÚS  
HISTORIA Y PRESENTE

Martín Avanzo. S.D.B.

*“Los hombres pueden estar desnudos,  
pero tienen dignidad.”<sup>1</sup>*

“Apenas hay otro pasaje de la vida de Jesús que suscita hoy entre el más extenso público un interés tan vivo como su proceso”, afirma el autor de uno de los más documentados estudios sobre el tema.<sup>2</sup>

Pero este interés se convierte en los países del Tercer Mundo, y especialmente en América latina, en la dolorosa experiencia de una historia mil veces repetida.<sup>3</sup> Miles de hombres y mujeres, que luchan por la liberación de sus hermanos, son arrestados violentamente, cuando no simplemente secuestrados, torturados incluso por organismos policiales o parapoliciales y asesinados impunemente. Contrariando una tradición respetada por los pueblos bárbaros antiguos, en muchos casos, como en el del joven brasileño Alexandre Vanucchi Leme, asesinado por la policía de Sao Paulo en marzo del corriente año, se niega a sus familiares el derecho de inhumar su cadáver.

---

<sup>1</sup> Palabras pronunciadas por el cardenal Paulo Evaristo Arns en la misa celebrada el 30 de mayo del corriente año por el estudiante *Alexandre Vannucchi Leme*, torturado y asesinado por la policía el 17 de marzo; cfr. *La Opinión*, 7 de abril de 1973, p. 2.

<sup>2</sup> J. Blinzler, *El Proceso de Jesús. El proceso judío y romano contra Jesucristo, expuesto y juzgado según los más antiguos testimonios*, Ed. Litúrgica Española, 1959, p. 392.

<sup>3</sup> Lo presenta con suma eficacia la película “Sentado a su derecha”, del disector cinematográfico italiano Zurlini; el trágico destino de un líder africano en secuencias que transparentan hoy el destino de Jesús.

[132]

Esta triste realidad de hoy nos permite entender en forma nueva el caso de Jesús de Nazaret, galileo, “ejecutado en la cruz por orden del prefecto romano de Judea, durante el imperio de Tiberio”, en Jerusalén, durante la Pascua.

Si bien tenemos algunas referencias sobre el destino final de Jesús en las fuentes contemporáneas antiguas, romanas y judías (Josefo y los rabinos), la fuente principal la constituyen, evidentemente, los cuatro evangelios.

El cómo pudieron realizarse el arresto, la condena y la crucifixión de Jesús, interesó vivamente desde un principio a las primitivas comunidades cristianas.<sup>4</sup> El fruto de este interés que surge básicamente de la fe en Jesús, son los relatos evangélicos de la Pasión y Muerte de Jesús.

Pero, junto con una concordancia global en los principales momentos de esta historia final de Jesús y en su sentido para la fe cristiana, hay en estos relatos perspectivas particulares<sup>5</sup> y datos históricos que, en muchos detalles, aún de importancia, no concuerdan entre sí.<sup>6</sup>

Precisamente, una interrogación más cuidadosa de estas perspectivas particulares y un análisis más riguroso de los intereses que estuvieron en juego, nos permitirán volver a entender, desde la realidad histórica, sin duda iluminada por la fe, el sentido profundo para nosotros hoy, de la Pasión y Muerte de Jesús.

## 1. Los conspiradores

Según la Ley de Moisés, los varones judíos mayores de 12 años estaban obligados a ir a Jerusalén tres veces al año para la fiesta de la Pascua (o Acimos), de Pentecostés (o Primicias o Semanas) y para la fiesta de los Tabernáculos. Esta obligación se extendía únicamente a los que habitaban la Tierra de Israel, no a los que residían en la diáspora.

Parece que Jesús no se limitaba a ir a Jerusalén para estas tres

---

<sup>4</sup> A. Läpple, *El mensaje de los evangelios-hoy*, Ed. Paulinas, 1968, 89.

<sup>5</sup> Una buena presentación de las perspectivas propias de cada evangelista se encuentra en la obra de Läpple de la nota anterior; también en: A. Vanhoye, *Estructura y teología de los relatos de la pasión en los sinópticos*, *Selecciones de Teología*, 1970, n° 33, 107-118; G. Crespy, *Significado político de la muerte de Jesús*, *Selecc. de Teología*, 1972, n° 42, 210-219.

<sup>6</sup> El estudio detallado de los datos históricos lo da, entre otros, J. Blinzler, en la obra citada.

[133] fiestas obligatorias, sino que lo hacia también en otras fiesta (Jn 10;22 menciona la presencia de Jesús en el Templo durante la fiesta de la Dedicación).

Hacia la última Pascua de la vida de Jesús, su actividad era notoria, no sólo en Galilea, sino también en Jerusalén:

“Estaba cerca la Pascua de los judíos. Muchos del país habían subido a Jerusalén para purificarse. Buscaban a Jesús y estando en el Templo se decían unos a otros: «¿Qué os parece?, ¿que no vendrá para la fiesta?». Los sumos sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes de que, si alguno sabía dónde estaba, lo notificara para detenerlo” (Jn 11,55-57).

El ambiente decididamente hostil, que Jesús percibió en los círculos dominantes de la dinastía herodiana en Galilea, que controlaban el país desde Tiberíades y desde la Cesares del norte, comienza a expandirse también entre los jérfarcas de Jerusalén.

El texto de Juan, recién citado, nos presenta a dos grupos que fomentaban esta hostilidad. Pero es importante rehacer el cuadro completo de los enemigos de Jesús.

1. Los cuatro evangelistas concuerdan en atribuir un lugar preeminente, en esta hostilidad, a los *sumos sacerdotes*. Cuatro familias se disputaban, antes de la definitiva destrucción del Templo, el sumo sacerdocio. La Toseftá y el Talmud nos han conservado una corta balada callejera, que denuncia la violencia abierta de tres de ellas y la astucia perversa de las denuncias secretas de la casa de Anás:

“¡Ay de mí, por la casa de Betos; ay de mí, por su cachiporra!  
¡Ay de mí, por la casa de Anás; ay de mí por sus chismorreos!  
¡Ay de mí, por la casa de Kathros; ay de mí por su pluma!<sup>7</sup>  
¡Ay de mí, por la casa de Ismael; ay de mí por su puño!  
Pues ellos son los sumos sacerdotes,  
y sus hijos los tesoreros;  
sus yernos son los oficiales del Templo,  
y sus siervos golpean al pueblo con sus bastones”.<sup>8</sup>

Josefo concuerda con el Talmud sobre la insaciable búsqueda de dinero de estos funcionarios religiosos, que, por otra parte, debían

---

<sup>7</sup> O sea, en la firma de los decretos injustos.

<sup>8</sup> T. Menajot, 13,21; Pesajim 57a; citados por J. Klausner, *Jesús de Nazaret*, 337.

[134] comprar su cargo, en un primer tiempo a Herodes, y durante la ocupación romana al legado de Siria o al emperador.<sup>9</sup> Los sumos sacerdotes tenían la obligación de saber interpretar correctamente la Ley de Moisés, obligación reconocida por el mismo emperador; pero eran los escribas al servicio del Templo, con su minuciosa ciencia, los que hacían resaltar su ignorancia e incapacidad.<sup>10</sup> No es de extrañar entonces que estos últimos suplantaran a los sumos sacerdotes totalmente en la conducción de la nación, después de la destrucción del Templo.

Se debe dar crédito al Talmud cuando dice que una vez el pueblo, reunido en el atrio del Templo, llegó a gritar a los sumos sacerdotes: “¡Fuera de aquí, hijos de Helí! Habéis ensuciado la casa de nuestro Dios” (J. Sukká, 4,54d.).

En tiempos del proceso de Jesús, regentaba el sumo sacerdocio la astuta *familia de Anás*. Este había sido nombrado por el legado de la Siria, Quirino, y ocupó el sumo sacerdocio desde el año 6 hasta el 15. Después, retomó su influencia al año siguiente con la nominación de uno de sus hijos, Eleazar, y tres años después, con la de su yerno *José Caifás*. Anás quedó famoso por haber ejercitado el cargo durante diez años (récord superado sin embargo por su yerno Caifás) y por haber podido obtener el mismo honor para cinco de sus hijos.

Es evidente, entonces, que lo que determinaba las decisiones de esta insaciable familia sacerdotal, no eran las preocupaciones religiosas, sino los intereses económicos. Los sumos sacerdotes, especialmente después de dejar el cargo, desarrollaban actividades financieras en el área del culto, y esto les reportaba grandes ganancias en las agencias de cambio y en las casas de venta de animales para los sacrificios del Templo.

El episodio de la purificación del Templo queda bien iluminado por este trasfondo financiero:

“Se acercaba la Pascua de los judíos y Jesús subió a Jerusalén. Y encontró en el Templo a los vendedores de bueyes, ovejas y palomas y a los cambistas en sus puestos. Haciendo un látigo con cuerdas, echó a todos fuera del templo (o sea) a las ovejas y los bueyes; desparramó el dinero de los cambistas y les volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: «Quitad esto de aquí. No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado» (Jn 2,13-16).

---

<sup>9</sup> U. Holzmeister, *Storia dei tempi del Nuovo Testamento*, Marietti, 1950, 149.

<sup>10</sup> Cfr. Holzmeister, op. cit., 166-167.

[135]

Marcos dice claramente cuál fue la reacción:

“Se enteraron de esto los *sumos sacerdotes* y los *escribas* y buscaban cómo podrían matarle; porque le tenían miedo, pues toda la gente estaba asombrada de su doctrina” (Mc 11,18).

2. Después del exilio, cuando ya la Torá había sido definitivamente redactada y comenzó a ocupar el puesto central del judaísmo postbíblico, su estudio se convirtió en una necesidad imprescindible. Las hombres que se dedicaban a este estudio, que trataban de practicar y transmitir a otros se llamaban los *escribas* o los *maestros*.<sup>11</sup> Mientras los que estaban en las distintas ciudades y pueblos del país, especialmente de Galilea, se inclinaban al fariseísmo, *los de Jerusalén y los del Templo* estaban más ligados a la clase sacerdotal, aunque la mayoría de ellos eran laicos. Eran lógicamente los expertos en los tribunales judíos. Una rígida interpretación saducea de la Torá era el requisito indispensable para la preservación del “statu quo” económico-político de las familias sacerdotales. Esto se traducía, como ya vimos, en un abundante comercio de animales, que redituaba pingües ganancias.

El conflicto con Jesús radica en su nuevo modo de interpretar la Ley, que globalmente no concordaba con la de los escribas de Jerusalén. Lucas es el que más fielmente nos presenta esta oposición entre la enseñanza de Jesús y la de los escribas del Templo. La sección de controversias (Lc 17,47-20,47) se cierra con una clara condena, por parte de Jesús, de estos escribas:

“Estando todo el pueblo oyendo, dijo a los discípulos: «Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje y quieren ser saludados en las plazas, y ocupar los primeros puestos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes; y que devoran la hacienda de las viudas, so capa de largas oraciones. Esos tendrán una sentencia más rigurosa»” (Lc 20,45-47).

Marcos refleja mejor el ambiente de Jerusalén cuando asocia con más frecuencia a los escribas con los sacerdotes, mientras que Mateo y Lucas los presentan unidos más a los fariseos, según la situación galilea; del grupo de los escribas del Templo parte la iniciativa fallida del prendimiento de Jesús:

---

<sup>11</sup> *Ibidem*.

[136]

“Los escribas y los sumos sacerdotes trataron de echarle mano en aquel mismo momento (en el que Jesús les había dirigido la parábola de los viñadores homicidas: Lc 20,9-18) — pero tuvieron miedo al pueblo— porque habían comprendido que aquella parábola la había dicho por ellos” (Lc 20,19).

Estos secretarios del Templo (como los llama D. Flusser)<sup>12</sup> defendían así, aún con la violencia, su pretendido monopolio de la interpretación de la Torá, que estaba unido a los privilegios económicos que les dispensaba su servicio en el Templo.<sup>13</sup>

3. Los *ancianos* eran los jefes de las familias laicas más ricas, especialmente de las que residían en Jerusalén. Formaban parte, junto con los sumos sacerdotes y los escribas del Templo, del tribunal supremo religioso, que constaba de 71 miembros. Si bien había entre ellos algunos que secretamente simpatizaban con Jesús, como José de Arimatea, y Nicodemo, de Jerusalén, la mayoría debe haber participado de los intereses e intrigas de los escribas del templo y de los sumos sacerdotes.

En efecto, Flavio Josefo nos dice que eran gente rica, que despreciaban al pueblo y eran despreciados por éste; pertenecían al grupo de los saduceos y eran intolerantes en el trato, aún entre ellos.<sup>14</sup> Eran propensos a la aplicación de la pena de muerte, mientras que los fariseos se opusieron sistemáticamente a ella, y aún prácticamente eliminaron la pena capital en el judaísmo después de la destrucción del Templo.<sup>15</sup> La condena a muerte de Santiago, el hermano del -Señor, decretada por el sumo sacerdote Ananías, hijo de Anás, fue decidida por la influencia de los saduceos, en contra del parecer de los fariseos y de los otros judíos (Josefo).

La frase que dijo Nicodemo en una sesión de los sumos sacerdotes y “fariseos”,<sup>16</sup> debía ser un reproche a esta facilidad en juzgar y condenar, propia de los ancianos que adherían al saduceísmo:

“¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?” (Jn 7,51).

En el libro de los Hechos, cap. 4-5, se habla indistintamente de

---

<sup>12</sup> D. Flusser, *Jésus* (ed. francesa); 129.

<sup>13</sup> *Ibidem*.

<sup>14</sup> Holzmeister, *op. cit.*, 183-184.

<sup>15</sup> Holzmeister, *op. cit.*, 182.

<sup>16</sup> J. Blinzler, *op. cit.*, 76.

[137] los ancianos, de los saduceos y del Senado (4,1.5; 5,17-21). Fue el escriba *fariseo* Gamaliel, quien salvó la vida de los apóstoles que peligraba por la hostilidad enconada de todo el Sanhedrín (Hch 5,34-39), de neta predominancia saducea.

4. *Los jefes de la guardia del Templo* también participaron, según Lucas, en la conspiración contra Jesús e intervendrán activamente en el arresto de Jesús (Lc 22,52). La purificación del Templo, obrada con autoridad soberana por Jesús, no podía no herir los intereses de los defensores del desorden constituido, que imperaba en el atrio del Templo con el beneplácito de las máximas autoridades y la tolerancia de los guardias del Templo. Una parte de la guardia del Templo, compuesta por los levitas, no podía tener controles o hacer arrestos fuera del área del Templo. Por eso debe haber existido un grupo policial o judicial, bajo la responsabilidad directa de los sumos sacerdotes, para estos casos especiales: “cuidar el orden público en la ciudad y en el campo, efectuar detenciones, conducir a los acusados, cuidar de los presos, ejecutar las sentencias dictadas por el tribunal judío» (16). La falta de escrúpulos de esta gente se ve por las burlas que hacen a Jesús durante su arresto: “se burlaban de él y lo maltrataban” (Lc 22,63 ss). D. Flusser sugiere que pertenecían también ellos al partido saduceo, que no creía en el Espíritu y en la profecía: de ahí la burla que le hacen a Jesús: “¡Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?” (Lc 22,64). Su participación fue muy activa: son ellos los que piden la muerte de Jesús, junto con los sumos sacerdotes (Jn 19,6).

5. Contrariamente a una opinión muy difundida, los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas ignoran toda participación de *los fariseos* en el prendimiento y la condena de Jesús. El fariseísmo era, en fondo, la corriente judía que, con sus defectos, mejor representaba al auténtico judaísmo. Según Josefo (fariseo, pero de familia sacerdotal), los fariseos vivían austeramente, seguían el dictamen más razonable, gozaban de tanta autoridad en asuntos religiosos, sobre todo en lo que se refiere a sacrificios y oraciones, que se decidía según su opinión, y aún cuando decían algo contra el sumo sacerdote o el rey, eran inmediatamente obedecidos;<sup>17</sup> se distinguían por su bondad, respetaban a las personas de más edad, vivían en armonía entre ellos y se amaban hasta constituir verdaderos grupos o comunidades. Tenían el apoyo del pueblo y de las mujeres.

La concordancia de puntos fundamentales de la doctrina de

---

<sup>17</sup> Cfr. Holzmeister, 183.

[138] Jesús con los maestros fariseos, tales como Hillel, anterior a él, y R. Yojanán ben Zakkai, posterior (amor a Dios y al prójimo, salvación de los paganos por la caridad, etc.) y el apoyo que prestó el fariseísmo a la Iglesia naciente en las primeras décadas después de la muerte de Jesús,<sup>18</sup> nos tienen que hacer corregir el juicio uniformemente negativo que nos formamos sobre los fariseos. Por otra parte, los defectos de los fariseos, criticados por Jesús, lo son también por la misma literatura rabínica, aunque ésta depende esencialmente de la tradición farisea (Cfr Mishná, Sota 3,4).<sup>19</sup>

Posteriormente, después de la destrucción del Templo, al identificarse definitivamente el judaísmo con el fariseísmo, se pasó a generalizar la oposición de Jesús frente a los fariseos en general, ignorando así las muchas cosas en común que tuvo con ellos. Esta tendencia se definió hacia el año 80, cuando fue redactado el evangelio de Mateo por autodefensa y necesidad de diferenciación de parte de los cristianos; por el lado del judaísmo, la necesidad de distinguirse de los judeocristianos condujo al nieto de Gamaliel (homónimo de éste) a incluir entre las 18 bendiciones una oración contra los cristianos, para que estos no pudieran participar en el culto sinagogal.

El evangelio de Juan habla precisamente de esta decisión, de excluir de la sinagoga a quienquiera confesara que Jesús era el Cristo. Juan proyecta anacrónicamente esta decisión al tiempo de la vida de Jesús (Jn 9,22 y 12,42; cfr, también 7,13). En esta misma línea, presenta anacrónicamente a los fariseos asociados al prendimiento de Jesús (Jn 18,3), coaligados extrañamente con sus eternos enemigos, los sumos sacerdotes.

6. *Judas, hijo de Simón* es la figura más enigmática de toda la historia de la Pasión (Lohmeyer).<sup>20</sup> Si los relatos evangélicos insisten en el papel instrumental de los hombres, ya sea respecto al plan de Dios, ya sea respecto al servicio del “poder de las tinieblas” durante la Pasión de Jesús, esta tendencia llega a su expresión máxima en la presentación del papel representado por Judas. Las motivaciones humanas llegan a desaparecer totalmente y Judas se convierte en un “poseído por Satanás” (Lucas y Juan).<sup>21</sup>

---

<sup>18</sup> El gran maestro fariseo *Gamaliel* defiende a los apóstoles en Hch 5,43 y ss.; cfr. también Hch 23,6-9 donde algunos escribas de los fariseos se oponen a la condena de Pablo afirmando: “Nosotros no hallamos nada malo en este hombre”.

<sup>19</sup> Daniel-Rops, *La vida cotidiana en Palestina en tiempo de Jesús*, 435-438.

<sup>20</sup> E. Lohmeyer, *Das Evangelium des Markus*, 297.

<sup>21</sup> Sobre la perspectiva de Lucas sobre Judas, véase: Schuyler Brown, *Apostasy and Perseverance in the Theology of Luke*, Roma, 1969, 82-97.

[139]

Sin embargo, el apelativo de *Iscariote*, aplicado a Judas (y en Jn, también a su padre Simón), permite una doble pista para llegar a una motivación probable de la conducta de Jesús.

Por un lado, ya una tradición antigua interpretaba este apelativo como una expresión hebrea, que significaría: “hombre de Cariot”, un pueblo de Judea. El recuerdo de esta procedencia judía de Judas (que resuena también en su nombre personal), implicaría la diferencia histórica con que se comportaron frente al destino final de Jesús los discípulos de Galilea y el discípulo de Judea. Mientras los de Galilea superaron el escándalo de la cruz (especialmente en el evangelio de Lucas), los de Judea encontraron en la cruz un escollo insuperable a sus concepciones mesiánicas frente a Jesús.

Otra pista, convergente con la primera, sería la de considerar el apelativo como una corrupción popular de los “sicarios”, grupos de celotes, armados de puñales (“sicca”, en latín); más que a una lucha directa con los ocupantes romanos, su acción iba dirigida contra aquellos compatriotas que consideraban como traidores.<sup>22</sup> El motivo, entonces, de su entrega de Jesús a los sumos sacerdotes, más que la avaricia de una cantidad insignificante, sería el deseo de independizarse de Jesús, cuyo mesianismo ya no lo convencía. Pero, cuando Jesús fue entregado por los jefes del Templo a la autoridad romana y su muerte era así segura, Judas se ve a su vez traicionado y rompe con los sumos sacerdotes (cfr Mt 27,3ss). Es evidente que podía temer complicaciones de parte de los romanos, por su anterior pertenencia al grupo de Jesús; siendo probablemente un súbdito directo de los romanos (al contrario de lo que sucedía con los discípulos galileos), difícilmente podría escapar de la custodiada ciudad. El error fatal, que llevó a Judas al suicidio, fue el pensar que Jesús traicionaría a sus amigos durante el proceso romano, así como lo habla hecho él con su maestro frente a las autoridades judías.

Sea lo que fuere de esta reconstrucción histórica, Judas es presentado en los relatos de la Pasión como el comensal “felón”, ilustrado por el salmo 41 (Mc 14,18; Jn 13,18); como el instrumento de Satanás (Lc y Jn) en el arresto de Jesús, y por eso identificado con el “hijo de la perdición” y así tipo del Anticristo (Jn 17,12; 2 Tes 2,3); como Ajitófel, el amigo infiel de David, del cual Judas imitó la traición y el suicidio (2 Sam 17,21-23); y como tipo del creyente que no vence el “test” de las riquezas, después de haber es-

---

<sup>22</sup> D. Rops, o. c., 91.

[140] escuchado el anuncio del evangelio y se convierta en apóstata, en causa de muerte para sí y para los demás.

## II. Los jueces de la condena

Los evangelistas Marcos y Mateo presentan una doble comparación de Jesús delante de las autoridades judías: una primera durante la noche y la otra a la madrugada.

En cambio Lucas y Juan nos presentan una sola sesión del tribunal judío, durante la mañana.

Un estudio detallado de estos dos acontecimientos, permite reconstruir el siguiente iter:<sup>23</sup>

1. sesión, privada, de noche, en casa de Anás.
2. sesión, oficial, en la sede del Sanhedrín, bajo la presidencia del Sumo Sacerdote José Caifás, a la mañana.

### *4' En casa de Anás*

Para esta sesión, la mejor fuente es Jn 18,12-13.24.

Es un procedimiento totalmente ilegal, desde el punto de vista jurídico. Anás había sido sumo sacerdote por muchos años, pero al momento no desempeñaba este cargo desde hacía unos 15 años. Pero como era el jefe de una familia sacerdotal que por sus intrigas se había impuesto ampliamente a las otras en la consecución del ambicionado cargo, no extrañará su participación en la conspiración y en la condena de Jesús.

La pequeña suma de dinero pagada a Judas con dinero del tesoro del Templo bien valía la pena, pues la desaparición de Jesús aseguraba la continuidad de las entradas financieras en el negocio de los animales que se sacrificaban en el Templo.

Por otra parte, el revestir con una condena religiosa a los distintos pretendientes mesiánicos del tiempo so pretexto de fidelidad al César de quien se recibía la investidura religiosa, era la única forma de mantener el “statu quo” de esta ambiciosa familia. Esta complacencia con el ocupador romano costó la vida del último de los hijos de Anás en ocupar el cargo, también de nombre Anás: en el año 67 fue asesinado por los celotas, cuando intentaba persuadir al pueblo para que se enviara una delegación a Vespasiano, pidiendo que viniera con urgencia y tomara la ciudad. Lo que Flavio

---

<sup>23</sup> Cfr. X. Léon-Dufour, *Los evangelios y la historia de Jesús*, 314 ss.

[141] Josefo dice del hijo, vale también del padre: “orador elocuente que podía mover la opinión pública y silenciar a sus oponentes”.

Anás interrogó a Jesús sobre sus discípulos y su doctrina. Jesús le responde:

“He hablado abiertamente ante todo el mundo; he enseñado siempre en la sinagoga y en el Templo, donde se reúnen todos los judíos y no he hablado nada a ocultas. ¿Por qué me preguntas? Pregunta a los que me han oído lo que les he hablado; ya saben ellos lo que he dicho” (Jn 18,20-22).

Jesús se niega a traicionar a sus amigos, proporcionando una lista de sus seguidores. Por otra parte, con la afirmación que nada ha hablado nunca a ocultas, Jesús puede muy bien ironizar con este conciliábulo nocturno, fuera de toda legalidad.

Nada más elocuente, para confirmar esta ilegalidad, que la bofetada que Jesús recibe por respuesta: mientras Jn 18,22 deja suponer al menos la anuencia para el gesto de parte del sumo sacerdote Anás, en el juicio de Pablo, realizado también en la misma ciudad de Jerusalén unos treinta años más tarde, es el mismo sumo sacerdote Ananías quien ordena golpear a Pablo en la boca, y esto en presencia del tribuno romano que comandaba la cohorte de la Torre Antonia (Hch 23,2).

El que Jesús fuese llevado primeramente a la presencia de Anás no fue sólo una atención que se le guardaba. Quizá pueda verse en él la mano negra que se movía incansablemente hasta que se procedió contra Jesús. Prueba esto el hecho de que Jesús sea llevado primeramente a su presencia. Se le quería demostrar así que quedaban satisfechas sus repetidas instancias de dejar a Jesús fuera de combate.<sup>24</sup>

#### *En casa de José Caifás*

“Anás entonces le envió atado al Sumo Sacerdote Caifás” (Jn 19,24).

Es significativo que *Juan* pase en silencio todo lo que pasó en el palacio del Sumo Sacerdote Caifás: ya estaba todo previsto.

La versión de *Lucas* presenta con toda brevedad, y muy cerca a la realidad histórica, el interrogatorio delante del Sanhedrín:

“En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de Ancianos del Pueblo, los sumos sacerdotes y los escribas, le hicieron

---

<sup>24</sup> Lapple, o. c., 109.

[142] venir a su tribunal y le dijeron: -Si tú eres el Cristo, dínoslo. -El respondió: Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto no me responderéis. De ahora en adelante, el Hijo del Hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios. Dijeron todos: ¿tú eres el Hijo de Dios? El les dijo: Vosotros decís que yo soy. Dijeron ellos: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca? Y levantándose todos ellos, lo llevaron a Pilato” (Lc 22,66-23,1).

Es importante notar que, según Lucas, el Sanhedrín no dictó condena explícita en el caso de Jesús; así podría tener un margen de maniobra mayor frente al poder romano y salvar la imagen ante el pueblo que simpatizaba con Jesús.<sup>25</sup>

*Marcos y Mateo* hacen resaltar más claramente la intervención del Sumo Sacerdote, así como se la debían imaginar algunas de primeras comunidades cristianas, definitivamente separadas del judaísmo. Las discusiones sobre el sábado, el Templo y el mesianismo de Jesús debían aparecer en primer plano. Pero es evidente la esperanza de una condenación por parte de la autoridad romana sería satisfecha únicamente en la medida en que el proceso de Jesús ante el gobernador revistiera un fuerte carácter político. A ello serviría la presentación de Jesús como un falso pretendiente a Mesías.

#### *Ante Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea*

Herodes Antipas, el tetrarca de Galilea, era la persona jurídicamente competente para juzgar a su súbdito, Jesús de Nazaret. Se comprende entonces que el gobernador romano haya querido hacerle una mala jugada, derivándole el caso, para provocarle dificultades con ese pueblo que debería apoyar las ambiciones de este hijo de Herodes, en su afán de reconstituir para sí el gran reinado de su padre. Esta ambición no podía menos de chocar con los intereses del gobernador romano, que controlaba lo que debía ser la capital de este pequeño imperio herodiano. El evangelio de Lucas alude claramente a esta enemistad (Lc 23,12).

Mientras los evangelios nos dicen que este Herodes mandó decapitar a Juan el Bautista porque le reprochaba su unión con la mujer de su hermano, Flavio Josefo presenta otro motivo de la ejecución, todavía más importante: Herodes tenía miedo de que

---

<sup>25</sup> D. Flusser. o. c., 128.

[143] la gran influencia que ejercía Juan sobre el pueblo, podía llevarlo a emprender una rebelión contra él, pues estaban dispuestos a hacer todo lo que el Bautista les pidiese.<sup>26</sup> En la persona de Jesús, Herodes había visto el mismo peligro y decidió eliminarlo:

“En aquel momento se acercaron algunos fariseos y le dijeron: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte” (Lc 13,31).

En su respuesta a las maquinaciones de Herodes, Jesús dice:

“Id y decid a ese zorro: yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana y el tercer día soy consumado” (Lc 13,32).

En un lenguaje inspirado en los antiguos profetas, Jesús le hace notar a Herodes que su actividad consiste en curaciones y expulsiones de demonios y que no tiene el carácter político que el tetrarca quiere atribuirle.

Parece que Herodes posteriormente, y probablemente aleccionado por la negativa experiencia de la decapitación de Juan y la fama que éste seguía teniendo entre el pueblo, tomó la decisión de esperar a ver lo que pasaba:

“Llegó a enterarse el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba y estaba perplejo; porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; otros, que Elías se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. Herodes se dijo: A Juan le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste, de quien oigo tales cosas? y buscaba verle” (Lc 9,7-9).

En consecuencia, Jesús evitaba toda apariencia de agitador popular, aún obrando con entera libertad y valentía; por eso hizo la delicada pregunta sobre su mesianidad fuera de la tetrarquía de Herodes Antipas, en el camino a la capital de su hermano, Cesarea de Filipo; allí la población era predominantemente pagana y no había peligro para una exaltación popular que Jesús no buscaba. Herodes, sin embargo, seguía teniendo informaciones sobre Jesús a través de su administrador Cusa, cuya mujer era discípula de Jesús (Lc 8,3).

Como también Herodes llegó a Jerusalén con el pretexto de la

---

<sup>26</sup> Cfr.. E. Schürer, *The Jewish People in the time of Jesús*, 170-172.

[144] participación en la fiesta de Pascua, se comprenderá la astucia de Pilato de hacer derivar el caso a Herodes.

“Cuando vio Herodes a Jesús, se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verlo, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera. Le preguntó con muchas palabras, pero él no respondió nada. Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas, acusándole con mucha insistencia. Pero Herodes con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, lo vistió con un espléndido manto y lo remitió a Pilato” (Lc 23,8-11).

Con una astucia digna de su padre,<sup>27</sup> Herodes “se lavó las manos” olímpicamente, en el proceso contra Jesús, dejándolo de nuevo en manos del procurador romano y de los sumos sacerdotes y escribas. Pero, en el más puro estilo herodiano, no se privó de burlarse de la pretensión de ser rey, atribuida a Jesús y que era la causa del proceso. Era en realidad su más secreta aspiración, que compartía con Herodías: el ser rey a semejanza de su padre. Su amistad con el favorito de Tiberio, Seyano, con el rey de los partos, Artabano, y su acumulación de armas, debían permitirle una posición de prestigio y de fuerza, en espera del reconocimiento del emperador. Pero su rival Agripa, su sobrino y cuñado, hermano de Herodías lo acusó en Roma de esta pretensión y obtuvo para sí la tetarquía; Antipas fue deportado a Lión (Galia), seguido por Herodías y allí murió.<sup>28</sup> Por pocos años, este Agripa I, obtuvo para sí el título de rey sobre toda la extensión del territorio que había pertenecido a su padre. Se lo aseguró su amistad con Caligula y Claudio. Pero reinó por poco tiempo: del 41 al 44.<sup>29</sup>

*Ante el prefecto<sup>30</sup> romano, Poncio Pilato*

A semejanza de Caifás, también Pilato ostenta un récord de permanencia en su cargo, solamente superado por su predecesor Valerio Grato. Esta permanencia respondía a una decisión del César Tiberio, que prefería que los prefectos romanos permanecieran en su cargo por un período más largo de tiempo, para que

---

<sup>27</sup> Cfr. Blinzler, o. c. 248 ss.

<sup>28</sup> Cfr. Schürer, o. c., 175-176.

<sup>29</sup> Schürer, 218.

<sup>30</sup> Para la precisión histórica, Pilato fue “prefecto” romano; el título de procurador es posterior; así lo había afirmado ya Schürer y fue confirmado por la inscripción de Cesárea, recientemente descubierta.

[145] pudieran administrar con cierta tolerancia, una vez que habían saciado los primeros años de su sed de dinero.

En la presentación de los hombres que actuaron contra Jesús hay, en general, concordancia entre la información evangélica y la de las otras fuentes (judías); en cambio, entre la presentación evangélica de la figura de Poncio Pilato y la que obtenemos de las fuentes contemporáneas judías (Filón y Josefo) hay una diferencia abismal.

“La intención de eximir a Pilato de la culpabilidad de la muerte de Jesús, se ve claramente sobre todo en Lucas, el cual hace proclamar a Pilato por tres veces la inocencia de Jesús (Lc 23,4.14. 22; cfr. Jn 18,38; 19,4.6). “Es indudable que en el evangelio de Lucas y en el evangelio de Juan aparece Pilato mejor de lo que en realidad es” (A. Läßle)<sup>31</sup>

El gobierno de Pilato es una serie ininterrumpida de provocaciones y de actos de crueldad. He aquí algunos:

“Una vez colocó de noche en el Templo las insignias y adargas votivas con la efigie del Emperador, cuando la Ley judía prohibía toda representación de la figura humana, lo que desató tal tumulto que cedió en seguida. Otra vez, como necesitó dinero para construir un acueducto, lo tomó del tesoro sagrado; de ahí un motín que imaginó reprimir enviando esbirros, disfrazados de judíos, para que se mezclaran con la muchedumbre e hicieran una carnicería. Otra vez, según refiere San Lucas (13,1), como unos galileos, en el Templo mismo, manifestaran algo ruidosamente, mandó a su policía que los cargara y «su sangre se mezcló con la de los animales inmolados...». Seis años después (de la ejecución de Jesús) una torpeza mayúscula había de perderlo. En Samaria había aparecido un «profeta»; éste aseguraba que en la cima del monte Garizim estaban enterrados el Tabernáculo de Moisés y los objetos litúrgicos que le habían servido, y que él los hallaría. Llegado ese día, la muchedumbre se congregó al pie de la montaña y la escaló cantando salmos. Pero Pilato había mandado ocupar la cima, con orden de dispersar a los manifestantes, lo que se hizo, pero a costa de una matanza. Denunciado al legado de Siria, Vitelio, destituido, llamado a Roma, el procurador de Judea no pudo disculparse. Calígula lo exilió a Galia. Eusebio asegura que se mató, por orden o desesperación”.<sup>32</sup>

Filón, en una carta que escribió al emperador Calígula en nombre del rey judío Agripa, lo describe como “intransigente y de

---

<sup>31</sup> Cfr. Läßle, o. c., 48 y 124.

<sup>32</sup> Daniel-Rops, o. c., 82-83.

[146] carácter sumamente duro”. Entre los defectos de su administración, menciona “la corrupción, la violencia, el robo, la tortura, las provocaciones, frecuentes ejecuciones sin juicio previo y crueldades sin limite e intolerables”.<sup>33</sup>

A este hombre, cruel y despectivo, era inútil plantearle problemas internos de tipo religioso. Hubiera tenido la misma conducta prescindente que tuvo Galión, el procónsul de Acaya, con los judíos que acusaban a Pablo (Hch 18,12-16; cfr. Jn 19,31).<sup>34</sup>

*Lucas* es el que mejor precisa las tres partes de la acusación política contra Jesús:

1. “hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo,
2. prohibiendo pagar tributos al César y
3. diciendo que él es Cristo-Rey” (Lc 23,2).

En el fondo, se trata de una única acusación política, la sola que podía interesar a la autoridad romana: el acusado pretendería proclamarse rey de los judíos y organizar una guerra de independencia del poder romano, como ya otros lo intentaban en ese tiempo.

La acusación de que *prohibía pagar impuestos* quería identificar a Jesús con el movimiento celota, que inducía a la gente a rebelarse ante el pago de los impuestos al gobierno ocupador:

“Le enviaron algunos espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador... Y le preguntaron...: ¿Nos es lícito pagar el tributo al César o no?” (Lc 20,20 ss).

La respuesta de Jesús sortea con mucha habilidad esta insidia política, dejándole a ellos el decidir o no pagar ese impuesto de acuerdo a su conciencia; y el evangelista concluye:

“No pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo.”

Por otra parte, el pago de los impuestos al César, a través del procurador romano, no era un problema real para Jesús, sino más bien para los habitantes de Judea y Samaria: Jesús, que era galileo, pagaba los impuestos a su gobernante natural, Herodes Antipas (cfr. Mt 17,24 ss. sobre el tributo al Templo).

---

<sup>33</sup> Schürer, o. c., 198; D. Flusser, o. c., 133, n. 223.

<sup>34</sup> Con la expresión “Tomadle vosotros y juzgadle según vuestra Ley”.

[147]

Al mismo tiempo, como lo prueba la amistad de Jesús con algunos cobradores de impuestos, sobre todo con el jefe de cobradores de Jericó, Zaqueo, él atacaba más bien la extorsión injusta de esos exploradores del pueblo, que agudizaban enormemente la injusticia de los impuestos.

Por otra parte, el tema de los impuestos no debía ser tan agradable para los mismos jefes judíos. El mismo Pilato, no sabemos si antes o después de la ejecución de Jesús, confiscó el Tesoro del Templo, para construir un acueducto entre Belén y Jerusalén. Esta profanación indignó al pueblo, pero Pilato reprimió al pueblo con astucia y crueldad.<sup>35</sup> Y fue la rapacidad de uno de los últimos procuradores romanos, Gesio Floro, la que sirvió de chispa para la insurrección popular que culminó con la destrucción de Jerusalén.

Por eso, la acusación de que *alborotaba al pueblo y quería proclamarse rey*, era la única que de alguna manera podía prosperar ante la autoridad romana.

A Pilato no le falta celo ni escrúpulos para ejecutar a todo sospechoso de rebelión, aun sin mediar juicio alguno. Para una Pascua anterior había hecho ejecutar a compatriotas de Jesús en el área misma del Templo (cfr. Lc 13,1 ss.). Jesús habla sido informado del hecho. En la Pascua de ese año también tenía presos a tres que estaba por ejecutar públicamente, para escarmiento del pueblo (Mc 15,17).

Es comprensible que a Pilato le hubiera parecido extraño que esta vez fueran las mismas autoridades judías las que querían entregarle a uno de sus connacionales para que fuera ejecutado como rebelde al César. Queriendo cerciorarse de lo que había detrás de todo eso, envía a Jesús al gobernante de Galilea, que estaba en Jerusalén para las fiestas. Herodes se cuida mucho de indisponer más aun contra sí a sus subordinados, muchos de los cuales simpatizaban con Jesús, entre otros, la mujer de su administrador.

Quedaba una manera concreta de decidir la culpabilidad de Jesús: ver el tipo de apoyo popular con que contaba. En ese caso, podría sospechar con fundamento que era un potencial aspirante a rey de los judíos y ejecutarlo sin más, con la cruel satisfacción de ofender una vez más a ese odiado pueblo. Les dio, pues, a elegir entre uno de los jefes de la guerrilla popular, Barrabás<sup>36</sup> y Jesús. Si era cierto que Jesús seducía al pueblo, eso se vería en el voto popular en su favor. Pero la maniobra del astuto Pilato fracasó, pues los sumos sacerdotes convencieron a los que pudieron agolpar-

---

<sup>35</sup> Schürer, o. c., 199-200.

<sup>36</sup> Según algunos manuscritos, se llamaba *Jesús Barrabás*.

[148] se ante la fortaleza romana, que pidieran la libertad para Barrabás. A Pilato no le quedó más remedio que dejar en libertad a uno que ya tenía condenado a muerte por rebelión, con el peligro que siguiera agitando la llama de la insurrección antirromana y condenar a Jesús, de cuya culpabilidad no se pudo convencer ni siquiera en esta última instancia.

Como consuelo, Pilato podía pensar que así se evitaría una presión peligrosa en los círculos de Roma, dominados por el favorito de Tiberio, Seyano, que orientaba la política de la mano dura con los judíos.

De acuerdo al modo romano de ejecución, la sentencia de muerte, dictada por Pilato, fue escrita en una tabla y puesta sobre la cabeza del crucificado: “Jesús de Nazaret, rey de los judíos”. Jesús ocupó así, en esa Pascua, inesperadamente para el jefe romano, la cruz y el lugar central en el patíbulo, que éste había reservado para Barrabás.

### **III. La participación del pueblo**

Los datos que nos dan los cuatro evangelios respecto de la participación del pueblo en el proceso y condena de Jesús son, hasta en aspectos importantes, discordantes entre sí. No todos entienden lo mismo cuando hablan de *gente* o *pueblo* en los relatos de la Pasión.

*Lucas* es el que presenta al pueblo en forma más positiva frente a Jesús. Los sumos sacerdotes conspiraron en secreto contra Jesús, porque temían al pueblo (Lc 22,2.6); la acusación supone que el pueblo está a favor de Jesús (seduce a nuestro pueblo: Lc 23,3; cfr. 23,5 y 23,13). En la ejecución de Jesús, Lucas distingue cuidadosamente la “gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y lamentaban por él” (23,27) de los magistrados:

“Estaba el pueblo contemplando, mientras los magistrados hacían muecas” (23.35).

En el momento de la muerte de Jesús “todas las gentes que habían venido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho” (23,48).

No es otra la oposición entre pueblo y sumos sacerdotes-magistrados presente en el episodio de Emaús (24,19-20).

*Marcos* da algo más de participación al pueblo en el pedido de la condena de Jesús, en vez de Barrabás; pero anota que la respon-

[149] sabilidad es de los sumos sacerdotes que incitan a la gente por envidia. Ante la segunda pregunta de Pilato sobre el destino de Jesús:

“la gente volvió a gritar: Crucifícale... Pilato, entonces, queriendo complacer a la gente, les soltó a Barrabás y entregó a Jesús, después de azotarle, para que fuera crucificado” (Mc 15,9ss.).

*Mateo* subraya, todavía con más énfasis que Marcos, que la gente no solamente pidió la libertad de Barrabás, sino la muerte de Jesús (Mt 27,20 comparado con Mc 15,11). Este evangelista acentúa aún más este rasgo, cuando hace dar al pueblo esta respuesta al gobernador, que se lava las manos<sup>37</sup> diciendo:

“Inocente soy de la sangre de este justo. Allá vosotros. Y todo el pueblo respondió: “su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos” (Mt 27,24-25.).

*Juan*<sup>38</sup> continúa aún más esta tendencia de hacer responsable al pueblo de lo que han decidido sus jefes. Pilato llega a decir, en este evangelio:

“Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí” (Jn 18,35).

Pero, en general, la expresión “los judíos”, que Juan usa frecuentemente en el relato de la Pasión, no debe entenderse como sinónimo de pueblo, ni siquiera del que estaba en Jerusalén para la fiesta: Juan usa esta expresión como un título técnico para indicar las autoridades religiosas, particularmente las de Jerusalén, que fueron hostiles a Jesús.<sup>39</sup>

La perspectiva posterior, de un *pueblo cristiano* que cree en Jesús (sea de origen judío o pagano) y de un *pueblo judío* que no creyó en él en la proporción que lo han hecho los pueblos paganos, es una de las razones principales de las discordancias evangélicas en el uso de la expresión “pueblo”.

Mientras *Lucas* diferencia mejor las responsabilidades históricas y presenta una mayor continuidad entre el pueblo de Israel y la Iglesia a través de la conversión, en *Marcos* no queda del todo

---

<sup>37</sup> Es difícil creer que un pagano haya realizado este gesto judío.

<sup>38</sup> Sobre la presentación de los “Judíos” en Juan, véase el artículo de J.M. Casabó en este mismo número.

<sup>39</sup> Cfr. R. Brown, *The Gospel according to John I-XII*, p. lxxi.

[150] zanjada la cuestión de la culpabilidad, ya *que todos*, tanto los Judíos como los Romanos, son culpables de la muerte de Jesús.<sup>40</sup>

*Mateo*, en cambio, no establece separación entre los pontífices y los escribas por un lado y el pueblo judío por otro. Todo el pueblo judío con sus dirigentes carga con toda la responsabilidad de la muerte de Jesús, en oposición al nuevo Israel que cree en él.

Para *Juan*, en su perspectiva dualista y en su rico simbolismo, los “judíos” representan sólo a aquellos judíos, especialmente las clases dirigentes, que no aceptaron a Jesús. Por eso es evidente que para él este término significa una actitud espiritual que *nada tiene que ver con la pertenencia étnica*.

Que esta diversificada presentación evangélica de *pueblo y de los judíos* haya favorecido el antisemitismo, es un problema histórico (por cierto, de suma tragicidad) que debe ser resuelto con el estudio científico de las distintas circunstancias históricas: lo que debiera estar fuera de duda es que este triste fenómeno, que avergüenza a los cristianos, debe considerarse totalmente ajeno a las intenciones de los evangelistas.

### *Conclusión*

Visto desde su realidad histórica, el destino final de Jesús aparece como mucho más cercano a otros destinos injustos, no sólo a los que nos recuerda la historia, sino también a los que vivimos en nuestros días.

El reflexionar sobre estos textos evangélicos hoy, no tiene como objetivo lograr una revisión histórica y jurídica de una condena injusta del pasado, sino el descubrir nuestra responsabilidad en la hastiante repetición de esta historia hoy.

Y nada más eficaz para liberar a los hombres de esta rutina de sangre, que la profunda dignidad de aquellos que, como Jesús, vejados y torturados, siguen pensando en sus hermanos en la entrega de su vida.

---

<sup>40</sup> A. Läßle, o. c., 47-48; seguimos aquí a este autor.